

Instituyó a doce para que estuvieran con él y para **enviarlos** a predicar

Las comunidades de apóstoles
en el Regnum Christi



REGNUM
CHRISTI

Índice

Introducción	5
Parte I: Comunidades de apóstoles en la Sagrada Escritura	7
I. Cristo el Apóstol del Padre	7
II. Los apóstoles del Reino	8
“Llamó a los que quiso”	8
“Para que estuvieran con Él”	9
“Para enviarlos a predicar”	11
“Instituyó Doce”	14
Comunidad de apóstoles signo del Reino	15
Comunidad de apóstoles en misión	16
Elementos fundamentales de las primeras comunidades de apóstoles	18
Parte II: Comunidades de apóstoles en el Regnum Christi	23
I. Comunidades con Cristo al centro	23
Comunidades donde Jesucristo toma la iniciativa	23
Comunidades donde Cristo es el centro, criterio y modelo	25
II. Comunidades enviadas en misión	27
Comunidades evangelizadoras	27
Comunidades que hacen opciones misioneras valientes y radicales	29
Comunidades que comparten una misión	31
Comunidades de apóstoles que forman nuevas comunidades de apóstoles	35

III. Las relaciones en las comunidades	37
Familia espiritual y cuerpo apostólico	37
Caridad, comunión, corresponsabilidad, complementariedad	40
Las comunidades que surgen en el Regnum Christi	42
Conclusión	48

Introducción

Una comunidad de apóstoles es un grupo de discípulos que, reunidos en torno a Cristo, son enviados a hacer presente su Reino en el mundo. El Regnum Christi es una comunidad de apóstoles que forma comunidades de apóstoles. Esta identidad, que define y configura nuestra espiritualidad y misión, hunde sus raíces en el Evangelio y en la experiencia de las primeras comunidades cristianas.

Este ensayo tiene como objetivo iluminar este rasgo identitario del Regnum Christi a partir de su fundamento bíblico, y en concreto del modo de actuar del Señor durante su vida pública con sus discípulos (primera parte), para después concretar esta enseñanza al hoy de nuestras comunidades según el carisma del Regnum Christi (segunda parte).

Este recorrido pretende principalmente que cada comunidad renueve su conciencia de ser enviada y logre fortalecer sus vínculos de comunión para discernir cómo responder, en cada lugar, al llamado de Cristo de ser comunidades de apóstoles para el mundo de hoy.

*“Como el Padre me ha
enviado, así también
os envío yo”*

(Jn 20, 21)

2025

Centenario de la institución de la fiesta de Cristo Rey

Parte I: Comunidades de apóstoles en la Sagrada Escritura

I. Cristo el Apóstol del Padre

Las comunidades de apóstoles en el Regnum Christi se reconocen como grupos de personas llamados por el Señor Jesús y enviados por Él a una misión. Esta misión no es distinta de la que Cristo recibió de su Padre, el cual lo envió al mundo para anunciar y hacer presente la buena nueva del Reino con sus palabras, gestos y entrega total. En otras palabras, Jesús es el Apóstol del Padre y sus apóstoles participan de su mismo envío, prolongando en el tiempo y en el mundo la obra que Él inició.

El término “apóstol”, del griego *apóstolos*, significa precisamente “enviado”. El acento recae en la grandeza de quien envía y en la centralidad del mensaje que ha de ser comunicado. El apóstol no es solo mensajero, sino embajador de quien lo ha enviado (2Cor 5, 20), actúa con su autoridad y, en su pobreza y sus límites, lo hace presente (Mt 10, 40).

Para expresar que es el Padre quien envía a Cristo, san Juan usa el verbo *apostéllein*, enviar, de la misma raíz que la palabra “apóstol” (cf. Jn 5, 36.38; 6, 29.57; 7, 29; 11, 42; 17, 3.8.18; 20, 21). Esto subraya que detrás de palabras, acciones y persona de Cristo está el Padre. El envío del Hijo por el Padre manifiesta la relación entre ambos y pone el fundamento de la misión de Cristo (cf. Jn 7, 16). Del mismo modo, los apóstoles que

asumen libre y conscientemente esta llamada son enviados por Cristo con su autoridad a hacer presente el Reino.

II. Los apóstoles del Reino

Cristo, el enviado (Apóstol) del Padre invita a otros a seguirle y los envía también a ellos, convirtiéndolos así en apóstoles del Reino. Así narra san Marcos este envío misionero:

Jesús subió al monte, llamó a los que quiso y se fueron con él. E instituyó doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar, y que tuvieran autoridad para expulsar a los demonios (Mc 3, 13-15).

Este relato manifiesta los elementos principales de aquella primera comunidad en torno a Jesús: los llamó para que estuvieran con él y para enviarlos en misión constituyéndolos como un grupo estable. Todos estos elementos nos ayudan a entendernos en el seno del Regnum Christi como grupo al servicio del Reino. Profundizar en cada uno de ellos es fuente de inspiración para nuestras comunidades de apóstoles. Desarrollaremos algún aspecto de este pasaje, invitando a ahondar más en las riquezas maravillosas que encierra para nosotros.

“Llamó a los que quiso”

El relato de la institución de los Doce comienza con un elemento constitutivo del grupo: todos los que forman parte de la comunidad han sido llamados por Jesús. Es Él quien los ha convocado a cada uno de manera personal. Él toma la iniciativa, Él sale al encuentro de personas concretas en sus ambientes y profesiones, en su vida cotidiana, y los llama a seguirlo (cf. Mc 1, 16-20; 2, 13-14). Esta llamada conlleva un cambio de sus

vidas. A estos doce les pide que lo dejen todo para dedicarse totalmente a Él y a su misión; a estos y a muchos otros les pedirá un seguimiento radical a partir de sus estados de vida.

Los relatos de la vocación de los primeros discípulos muestran la respuesta a esta invitación. Ellos responden con prontitud, fascinados por su atractivo, acompañan a Jesús en todo momento convirtiéndose en testigos de lo que dice y hace. Por eso podrán anunciar lo que han visto y oído (cf. 1Jn 1, 3). Caminan en pos del Maestro recibiendo sus enseñanzas y adoptando su forma de vida itinerante. De esta manera se convierten en la primera comunidad de seguidores de Jesús.

Es significativo que el Evangelio subraye que Jesús *quiso* llamar a los Doce. Podría haber elegido otro camino menos dependiente de la fragilidad humana para cumplir su misión. Formar una comunidad de apóstoles fue un acto libre, que nace de las entrañas de Dios. Al elegir convivir con ellos, Jesús manifiesta que la comunidad apostólica pertenece a su mismo designio de salvación. Lo que ofrece al mundo no es sobre todo una doctrina, sino una comunión de vida con Él y una fraternidad de todos en Él, y esta es la manera como desea llevar adelante su misión.

“Para que estuvieran con Él”

La llamada de Jesús tiene como finalidad que cada uno de los llamados, y todos juntos como grupo, “estén con Él”. Los discípulos acompañan a Jesús recorriendo juntos los caminos por los que Él va, en un sentido físico y también espiritual. Seguir a Jesús implicó, para la primera comunidad, asumir el mismo estilo de vida itinerante. Dejaron su casa, familia y profesión para recorrer, junto a Él, las regiones de Galilea, Judea y

los territorios circundantes, siendo testigos de su predicación y milagros (cf. *Lc* 8, 1-3).

“Seguir a Jesús” implicó para esta comunidad asumir el proyecto y el destino de su Maestro. Jesús marca el camino a la comunidad (*Jn* 11, 16). El camino del grupo de discípulos no puede ser otro que el de Jesús, que aparece ante sus ojos como modelo de vida. El discípulo debe fijar la mirada en el Maestro, aprender de Él para ir poco a poco identificándose con su mente y estilo.

El proyecto y el destino del Maestro se va revelando progresivamente a esta comunidad. Sus miembros no siempre comprenden lo que Jesús les revela en toda su radicalidad (cf. *Mc* 8, 34-35). Sin embargo, caminan con Él y lo siguen incluso a Jerusalén (cf. *Lc* 9, 51). Ahí es donde se manifiesta, de manera definitiva, el destino de Jesús y, por lo tanto, el de ellos. La comunidad encuentra en Jerusalén, en la entrega total de Jesús, la expresión más radical del seguimiento: ellos, como su Maestro, están llamados a dar la vida.

Los Evangelios atestiguan que, mientras la llamada es personal, el seguimiento del Maestro es comunitario. Esta comunidad de seguidores tiene una comunión de vida con el Maestro. Están invitados a estar con Él, a vivir con Él (cf. *Jn* 1, 38) y a seguirlo. Esto los pone en estrecha relación entre ellos, por lo que seguir a Cristo implica para cada uno convivir con los demás. Se dan así no solo lazos con el Señor, sino también profundos vínculos entre ellos, que conforman una nueva fraternidad, una nueva familia.

El grupo de los Doce se encuentra dentro de un grupo mayor de discípulos. El discípulo, en un primer sentido de la palabra, es aquel que escucha y aprende de las enseñanzas de un

maestro que él elige. En el caso de Jesús se da este hecho fuera de lo común: es el maestro el que escoge a sus discípulos.

Otro rasgo en el que insiste el Señor es pedir a los suyos que no escuchen pasivamente sus enseñanzas, sino que las pongan por obra (cf. *Mc* 3, 31-35). Son precisamente estas enseñanzas las que, más adelante, deberán transmitir (cf. *Lc* 9, 2). Jesús mismo, después de su resurrección, en el envío misionero a todas las gentes relatado en el Evangelio de Mateo (cf. *Mt* 28, 16-20), afirma claramente que la misión consiste en enseñar a los nuevos discípulos a guardar todo lo que Él les ha mandado.

El discipulado configura un grupo en torno a Cristo al servicio del Reino, un grupo que ha asumido el estilo de vida, proyecto y destino de Cristo, y que se ha dejado plasmar por las enseñanzas de Jesús. Aspectos que más adelante proclamarán como mensaje del Reino a todas las gentes.

“Para enviarlos a predicar”

La primera finalidad de la llamada de Jesús a sus discípulos es la de “estar con Él”. La segunda, indisolublemente unida con la primera, es la de “enviarlos a predicar”.

Los convocados por Jesús reciben poder para realizar su misma tarea: predicar y realizar los mismos prodigios que Él hacía (cf. *Mc* 6, 7-13). En el llamado a Pedro a ser “pescador de hombres” se anuncia el encargo misionero que continúa la obra de Cristo. Los apóstoles predicán la conversión (cf. *Mc* 3, 13; *Mt* 10, 7; *Lc* 9, 2; 10, 9), expulsan demonios (cf. *Mc* 3, 15; 6, 7; *Mt* 10, 1; *Lc* 9, 1; 10, 9) y curan enfermos (cf. *Mc* 6, 12-13; *Lc* 9, 6). Estos tres elementos constitutivos de la misión de

Jesús manifiestan la llegada del Reino (cf. *Mt* 4, 23), y ahora los apóstoles los realizan también.

Los Evangelios nos ofrecen una serie de textos con instrucciones que el mismo Jesús da a sus apóstoles con vistas a la misión. Los textos principales son el discurso misionero de *Mt* 10; la misión de los Doce en *Mc* 6, 7-13 y *Lc* 9, 1-6; las instrucciones a los 72 de *Lc* 10, 1-20 y el envío misionero a todas las gentes de *Mt* 28, 16-20.

El discurso misionero de *Mt* 10 es uno de los textos principales para comprender la misión de las comunidades de apóstoles. Este discurso es uno de los cinco en los que san Mateo distribuye en su evangelio las enseñanzas del Señor acerca del Reino. El apostolado o envío es, por tanto, a los ojos de san Mateo, uno de los elementos esenciales del Reino.

Este envío es descrito con las mismas características de la misión de Jesús que Mateo narra en los capítulos 4 a 9. Así, la misión de los discípulos se ve en continuidad con la del Señor. Ambos predicán el mismo mensaje del Reino (cf. *Mt* 4, 17 y 10, 7); ambos lo desarrollan de modo itinerante (cf. *Mt* 8, 20 y 10, 9-10); ambos se limitan en un primer momento a Israel (cf. *Mt* 10, 5-6 y 15, 24); ambos mensajes pueden ser aceptados o rechazados (cf. *Mt* 10, 15 y 11, 22-24; 12, 41-42); los discípulos actúan con el poder de Jesús (cf. *Mt* 9, 34; 12, 24 y 10, 24-25); tanto Jesús como sus discípulos sufrirán persecución (cf. *Mt* 10, 17.21 y 24, 9-10).

Así, el discurso misionero de *Mt* 10 inspira a las comunidades de apóstoles del Regnum Christi a entender su vida como prolongación de la misión de Cristo, anunciando el Reino con su palabra y su testimonio, conscientes de las exigencias y notas principales descritas en el Evangelio.

Otro texto importante del evangelista Mateo que puede orientar a las comunidades de apóstoles del Regnum Christi es el envío misionero a todos los pueblos (28, 16-20). Tiene como marco la región de Galilea, donde Jesús había llamado a sus discípulos, los había reunido, formado y enviado. De ahí, de los orígenes del llamado, es de donde ha de partir la misión.

El relato nos indica que Jesús, con el poder del resucitado, manda a sus apóstoles a misionar, esta vez a todos los pueblos. Ellos, paralizados y aturdidos por todo lo sucedido en Jerusalén, ahora son enviados a la misión para la que Jesús los llamó desde el inicio.

Dicha misión ya no se reduce a “*las ovejas descarriadas de Israel*” (Mt 10, 6), sino a todas las gentes, haciendo del anuncio del Reino una misión universal. A partir de este momento los apóstoles saldrán de la tierra de Israel a la diáspora judía en todo el mundo y más tarde comprenderán que también los paganos están llamados a la misma fe. En el libro de los Hechos de los Apóstoles se describen las sucesivas oleadas de esta expansión, según las palabras del mismo Jesús: *Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta el confín de la tierra* (1, 8).

La misión que Jesús confía a los apóstoles consiste en *hacer discípulos a todos los pueblos* (Mt 28, 19). Se trata de prolongar su propia obra, dando testimonio de Él para que otros muchos puedan escuchar su palabra, acogerla y ponerla en práctica, de manera que sean a su vez enviados (apóstoles). Lo que los discípulos han experimentado en su vida con el Maestro no es solo un don para sí mismos, sino un regalo que comunicar a muchos más. Ellos sienten la responsabilidad de que el Evangelio se anuncie a todo el mundo.

Hacer discípulos a todos los pueblos se concreta en dos acciones que Jesús mismo señala: *bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado* (Mt 28, 19-20). Así lo hicieron según el testimonio de los Hechos, donde vemos a los discípulos predicar la Palabra, bautizar y formar comunidades de creyentes. Después de recibir la fuerza del Espíritu Santo en Pentecostés, Pedro proclama el mensaje en Jerusalén, y aquel mismo día se añaden unos tres mil, que son bautizados y perseveran en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones (cf. Hch 2, 41-42).

Jesús, abarcando con su mirada divina todos los siglos de la Iglesia, hace esta promesa maravillosa: *Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos* (Mt 28, 20). Esta permanencia del Señor resucitado en su Iglesia y la asistencia divina en la misión son un cumplimiento definitivo de las promesas hechas por Dios en el Antiguo Testamento cuando elige y envía: *Yo estaré contigo* (Gén 26, 3). De este modo, la comunidad de apóstoles no actúa por cuenta propia, sino sostenida y acompañada por la presencia viva del Señor.

“Instituyó Doce”

En el relato de Marcos, el envío misionero a los apóstoles se enmarca en la institución de los Doce, es decir, en un contexto comunitario. Los Doce son una comunidad de enviados, de apóstoles. La comunidad creada por Jesús tiene un carácter misionero. El grupo es en sí mismo un signo cuya sola existencia está proclamando el Reino. Además, pone sus fuerzas al servicio de la obra misionera.

Comunidad de apóstoles signo del Reino

Para que esta comunidad sea signo que proclame el Reino debe caracterizarse por la fraternidad y el servicio, como se ve especialmente en el Evangelio de Juan. El evangelista coloca el amor en el corazón del discipulado (*Jn* 13, 23; 19, 26; 20, 2; 21, 7.20).

Jesús ama a sus discípulos y los invita a extender este ejemplo de amor humilde y servidor. Él es el modelo de amor y servicio que deben imitar los discípulos. Esto se concreta en el gesto del lavatorio de los pies, prefiguración de su entrega total en la cruz (cf. *Jn* 13, 1-17). El “mandamiento nuevo” es el mandato de amarse los unos a los otros. Este amor mutuo hace de la comunidad, instaurada por Jesús, una auténtica fraternidad, una familia del Reino donde todos son hermanos, hijos de un mismo Padre (oración del Padrenuestro). El fundamento de esta fraternidad es el mismo Jesús, que hace hermanos a personas separadas por muros de desconfianza, rencor u odio y a todos los estratos sociales, especialmente los más pobres de amor.

El mandamiento nuevo es la base del testimonio cristiano: *En esto conocerán todos que sois discípulos míos (Jn* 13, 35). Por tanto, la comunidad de apóstoles es signo del Reino cuando existe el amor mutuo, manifestado en el servicio a ejemplo de Jesús, quien *no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida (Mc* 10, 45). El servicio designa la disposición íntima del discípulo y configura todas las relaciones que nacen del amor a Cristo.

Para las primeras comunidades cristianas el servicio (*diakonía* en griego) designaba en general las funciones específicamente cristianas de la comunidad: la labor caritativa, la proclamación

de la palabra y el ejercicio de la autoridad. Estas eran concebidas como un verdadero servicio, a ejemplo de Jesús.

En el *Regnum Christi* las comunidades de apóstoles siguen este mismo ideal evangélico: ser signo del Reino a través de la fraternidad y el servicio. Al imitar el amor de Cristo, manifestado en el lavatorio de los pies, las comunidades no solo se reconocen como familia espiritual, sino que asumen, en la misión apostólica, el compromiso de servir, evangelizar y acompañar, conscientes de que es precisamente en ese amor recíproco y entregado donde se manifiesta el Reino de Dios hoy y siempre.

Comunidad de apóstoles en misión

Las comunidades de apóstoles en el *Regnum Christi* son conscientes de ser, como grupo, un signo del Reino de Dios, y de ser enviadas a dar a conocer el mensaje del Reino como los apóstoles quienes, en la ascensión del Señor, reciben la promesa de Jesús de ser enviados con la fuerza del Espíritu Santo:

“Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que va a venir sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría y hasta el confín de la tierra” (Hch 1, 8).

Los Hechos de los Apóstoles muestran el crecimiento de la iglesia primitiva insistiendo en la acción y protagonismo del Espíritu Santo. La comunidad discierne hacia dónde Él los mueve. Se sienten enviados por el Espíritu (cf. *Hch* 13, 2-4), conducidos donde Él quiere (cf. *Hch* 8, 29; 16, 6-7), impulsados en su misión (cf. *Hch* 10, 19-20), fortalecidos y alentados en sus dificultades (cf. *Hch* 4, 31; 7, 55; 13, 50-52), y es el mismo Espíritu quien les inspira sus palabras en las diversas circunstancias (cf. *Hch* 4, 8).

Gracias a la acción del Espíritu Santo la buena noticia del Reino se va difundiendo y el grupo de los creyentes es cada vez más grande (cf. *Hch* 6, 7). Lo esencial es el testimonio que dan: Jesús, en la Ascensión, les pidió que fueran testigos de aquello que habían visto y oído. Por tanto, la misión consistirá en hacer y enseñar según lo que el mismo Jesús dijo e hizo. En los testimonios de los primeros padres de la Iglesia, como Tertuliano, Clemente y Eusebio, queda patente que la primera evangelización fue una continuación de la misión de Jesús.

Ser testigos del Señor los llevó hasta el extremo de dar la vida por Él. El martirio fue la forma más extrema de fidelidad a la misión recibida, expresión del amor total a Cristo y a su Reino. Los apóstoles, fortalecidos por el Espíritu Santo, no retrocedieron ante las persecuciones, confiados en la promesa de que el Señor estaría con ellos hasta el fin. Así, el testimonio de su sangre no solo selló su entrega personal, sino que se convirtió en semilla de nuevas comunidades de creyentes, haciendo crecer y consolidar la Iglesia como auténtica comunidad de apóstoles, unida por el amor y el servicio hasta las últimas consecuencias.

La primera evangelización comenzó en Jerusalén y en Galilea entre aquellos que habían sido discípulos de Jesús, la mayoría de ellos de origen judío, formando así comunidades de judeo-cristianos. La característica principal de la generación apostólica fue la intensa actividad misionera que llevaron a cabo en la tierra de Israel y en su entorno.

Pero su misión no se limitó a estos territorios. Como Jesús mismo les había mandado en el relato de la ascensión, los apóstoles llevaron el mensaje de Jesús hasta los confines de la tierra. Pablo, llamado a ser apóstol de Cristo Jesús por volun-

tad de Dios, siguió el impulso del Espíritu y llevó el mensaje del Reino al mundo gentil (cf. *Rom* 1, 1). Se convirtió en el apóstol de los gentiles (cf. *Rom* 11, 13). No tuvo miedo de anunciar la salvación también a aquellos que nunca habían oído hablar del Dios de Israel y de su Mesías (cf. *Rom* 15, 20).

En continuidad con la experiencia de los apóstoles narrada en los Hechos, las comunidades de apóstoles en el Regnum Christi quieren ser testigos del Reino hasta los confines de la tierra. Como ellos, saben que no lo harán por sus propias fuerzas, sino impulsados, guiados y fortalecidos por el Espíritu Santo. Su envío no se limita a un grupo restringido, sino que, como Pablo, les mueve el deseo de anunciar a Cristo también a aquellos que aún no lo conocen, haciendo presente el Reino con valentía, amor y fidelidad, en medio de las dificultades. Así, estas comunidades contribuyen hoy al dinamismo misionero de la Iglesia apostólica.

Elementos fundamentales de las primeras comunidades de apóstoles

La primera evangelización, realizada por la generación apostólica, se convierte en un modelo para nuestras comunidades de apóstoles. En esas primeras comunidades se pueden identificar una serie de elementos que hicieron posible y dinamizaron el anuncio del Evangelio. A continuación se presentan algunos de ellos, que pueden inspirar la misión de las comunidades de apóstoles del Regnum Christi:

1. *La fuerza del envío:* Como elemento fundamental se encuentra la convicción que tenían los primeros cristianos de haber recibido un encargo de Jesús. Por ello se entendieron a sí mismos como “enviados”, apóstoles que compartían la misma tarea. Esta convicción los llevó a superar

todo obstáculo y dificultad con tal de llevar el mensaje del Reino a los confines de la tierra (cf. 2Cor 11, 23-27; Hch 20, 24).

2. *El anuncio del Kerygma*: El anuncio o kerigma no se perdía en largos razonamientos sobre aspectos secundarios de la fe, sino que consistía en su núcleo, que contienen en sí mismo toda la fuerza y potencia evangelizadoras: Cristo Señor y concretamente su muerte y resurrección salvadoras. Esta es la expresión de la fe de los primeros cristianos (cf. 1Cor 15, 3-5). Las catequesis a los catecúmenos se desarrollaron como un momento posterior de formación cristiana más profunda.
3. *El testimonio de vida, la caridad fraterna y la diakonía o servicio*: La fuerza evangelizadora de las primeras comunidades cristianas no se limitaba al anuncio verbal, sino que se sostenía también en el testimonio concreto de una vida transformada por el Evangelio. La caridad fraterna y el servicio a los más necesitados se convirtieron en signos visibles del Reino, haciendo creíble el mensaje predicado (cf. Hch 2, 44-45; 4, 32-35).

La diakonía, entendida como servicio al estilo de Cristo, se expresó en el modo de vivir el ministerio que cada uno ejercía en la comunidad y en la ayuda concreta a las viudas, a los pobres y a los enfermos, constituyéndose como un rasgo distintivo de la vida comunitaria cristiana desde el inicio (cf. Hch 6, 1-4).

4. *A la escucha del Espíritu Santo*: Las primeras comunidades cristianas vivían atentas a las mociones del Espíritu Santo, quien marcaba el ritmo de la misión. Los Hechos de

los Apóstoles testimonian cómo la generación apostólica se dejaba impulsar y guiar por el Espíritu (cf. *Hch* 13, 2). Es Él quien señala y acompaña las decisiones acerca de la misión, los destinos a los que los apóstoles deben dirigirse (cf. *Hch* 16, 6), las decisiones internas de la comunidad (cf. *Hch* 15, 28). La docilidad al Espíritu, lo que hoy llamamos discernimiento, fue un rasgo distintivo de las primeras comunidades, que reconocían en Él al verdadero protagonista de la evangelización.

5. *Misión itinerante y la red de colaboradores*: La movilidad caracterizó a la generación apostólica, sea en quienes dedicaban su vida a la misión, sea en los laicos. Recordemos que a la ciudad de Roma no llegó el Evangelio gracias a los doce apóstoles, sino a laicos que en sus viajes conocieron a los cristianos y llevaron de vuelta a sus casas la fe en el Señor. Después llegaron los apóstoles. Así el mensaje del Evangelio pudo llegar a diversos territorios y culturas, superando las fronteras geográficas y religiosas (cf. *Rom* 15, 19).

En esta itinerancia se fue tejiendo una red de colaboradores y comunidades que acogían a los misioneros, los apoyaban material y espiritualmente, y continuaban su labor evangelizadora en los distintos lugares (cf. *Hch* 16, 14-15). Los misioneros itinerantes de la primera generación apostólica iban fundando nuevas comunidades e iglesias, y después de fundadas, de formar a los cristianos y de encomendarlos al Señor, volvían a ponerse en camino para seguir fundando o consolidando iglesias en otros lugares.

Ejemplos de esta red de colaboradores son compañeros de misión como Pablo y Bernabé (cf. *Hch* 13, 2), Pablo y Silas (cf. *Hch* 15, 40), y discípulos y colaboradores como

Timoteo, Tito, Priscila y Aquila (cf. *Rom* 16, 3-4; *2Tim* 4, 19). Esta comunión de personas sostenía la misión, mostrando que la evangelización no dependía solo de individuos aislados, sino de una auténtica comunidad apostólica unida por el mismo fin: hacer presente el Reino de Dios en todo lugar.

6. *La pluralidad*: La primera evangelización se caracterizó por la presencia dentro de la comunidad de una pluralidad de acentos en el modo de vivir la misión y en el contacto con la diversidad sociocultural de la época.

Vemos, en primer lugar, una pluralidad de grupos y misiones. Distinguimos en la primitiva Iglesia el grupo reunido en torno a los Doce, los helenistas, el grupo liderado por Santiago, las comunidades paulinas, las comunidades joánicas y también misioneros itinerantes como Apolo, quien, integrado en la misión común, contribuía con su predicación y enseñanza al anuncio del Evangelio.

En segundo lugar, hay una pluralidad en el modo de vivir la misión: una diversidad de carismas, todos puestos al servicio de la misma misión, y expresada también en los diversos servicios dentro de la comunidad. Así lo expresa Pablo al comparar a la Iglesia con un solo cuerpo compuesto de muchos miembros (cf. *1Cor* 12, 4-5.12). Cada miembro tiene una función específica, ya sea en el anuncio de la Palabra, en el servicio material a los más necesitados o en el servicio de la autoridad, y todos contribuyen a edificar el cuerpo de Cristo y a hacer presente el Reino (cf. *Rom* 12, 4-8).

En tercer lugar, en el contacto con la diversidad sociocultural de la época generó formas de inculturación en diálogo

con las manifestaciones culturales más valiosas de cada pueblo, como la filosofía griega. Así se explica la enorme capacidad de penetración del naciente movimiento cristiano en ambientes muy diversos. De este modo, el anuncio del Reino no quedó encerrado en una sociedad o estrato, sino que se ofreció como una propuesta universal, capaz de encarnarse en las más diversas situaciones.

Las comunidades de apóstoles del Regnum Christi, inspirándose en la experiencia de la primera evangelización, reconocen en estos elementos fundamentales un modelo siempre actual para su misión. La conciencia de haber sido enviados, el anuncio claro del mensaje de Cristo, el testimonio de vida, la caridad concreta, el discernimiento en la misión, el trabajo en colaboración y la capacidad de adaptarse a realidades diversas configuran también hoy su modo de ser y de actuar, buscando hacer presente el Reino de Dios en medio del mundo con el mismo espíritu que animó a los primeros cristianos.

Parte II: Comunidades de apóstoles en el Regnum Christi

En la primera parte hemos identificado los fundamentos bíblicos de las comunidades de apóstoles; a imagen de estas comunidades, y a la luz del Magisterio y el carisma, las comunidades en el Regnum Christi se caracterizan por ser comunidades convocadas, reunidas en torno a Jesús, configuradas con él y enviadas en misión.

I. Comunidades con Cristo al centro

Comunidades donde Jesucristo toma la iniciativa

«La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha primereado en el amor»¹.

Las comunidades del Regnum Christi nacen de la iniciativa de Jesús. Así como Jesús instituyó a los Doce para estar con Él y enviarlos (cf. *Mc* 3, 13-15), también hoy sale al encuentro de cada uno, llamándolo y acogiéndolo en su realidad concreta, considerando su identidad, su cultura y sus necesidades para invitarlo a una relación personal y transformadora.

¹ *Evangelii gaudium*, n. 24.

Conoce más en
el ensayo “Vivir
y hacer presente
el Misterio de
Cristo”



Desde esa amistad personal con Cristo es convocado a vivir junto a otros lo que Él mismo vivió con sus discípulos. El Dios de los cristianos es el Dios del encuentro, por eso, nuestras comunidades son, ante todo, expresión de ese encuentro: personas distintas que, tocadas por su amor, se reúnen en torno a Él para participar de su misión.

De ahí que, las comunidades del Regnum Christi no sean simplemente grupos humanos con intereses comunes, ni ONGs ni clubes sociales. Lo que nos une es el don de un carisma común, que genera una comunidad en la que compartimos un espíritu y una misión y así formamos una familia espiritual y un cuerpo apostólico.

«La fuerza del vínculo que nos une es la vida en Cristo dada por el bautismo y la común llamada del Señor a compartir el don de un misterio particular de su vida para hacer presente su Reino en nuestros corazones y en la sociedad. No se trata de asociarnos para simplemente «perseguir un objetivo particular de naturaleza religiosa o social» (Iuvenescit Ecclesia, n. 2).

Comunidades donde Cristo es el centro, criterio y modelo²

«Nuestra espiritualidad se centra en Jesucristo (cf. *EFRC*, n. 12), quien configura y modela nuestras comunidades con su estilo, porque es su centro, criterio y modelo.

Por tanto, toda comunidad de apóstoles está llamada a seguir a Jesús, adoptar sus criterios y su estilo de vida, lo cual implica dejar atrás lo que no sea evangélico y asumir opciones y renunciaciones.

Por eso es importante tener presente una de las tentaciones de nuestras comunidades: adoptar los principios, criterios y métodos dominantes del mundo al que el Señor nos envía. Por búsqueda de aceptación y reconocimiento, por la urgencia de soluciones inmediatas o por afán de éxito, corremos el riesgo de olvidar que, aunque estamos en el mundo, somos de Cristo» (*Comunicado Convención General RC 2024*, n. 11 § 3).

Para vivir de manera concreta la centralidad en Cristo es necesario que nuestras comunidades se alimenten y se encuentren con Cristo en la Palabra de Dios, los sacramentos y la oración.

«A partir de la Ascensión, Cristo se hace presente a través de la Sagrada Escritura y la fracción del Pan. La comunidad cristiana se configura y crece reunida alrededor de estos dos alimentos: la Palabra y la Eucaristía, celebrados en la asamblea dominical y prolongados durante la semana mediante la meditación y el compartir comunitario de las Escrituras» (cf. Ensayo “*El Encuentro con Cristo*”, pág. 21)

² *EFRC*, n. 12.

Algunas expresiones concretas son:

- La vida eucarística: La comunidad se encuentra con Cristo en la celebración de la Eucaristía, la adoración eucarística, las visitas al Santísimo Sacramento, cuyo fruto es la comunión con Dios y con los hermanos (*EFRC*, n. 22).
- El lugar que se da al sacramento de la reconciliación, que nos renueva en el amor y nos configura con Cristo separándonos del pecado.
- El “Encuentro con Cristo” donde, como comunidad y a la luz de la Palabra, los miembros examinan su vida, disciernen lo que el Señor espera de ellos para evangelizar la realidad en que viven, se animan en su seguimiento de Cristo y avivan su celo apostólico (cf. *RLA*, n. 15).
- La oración comunitaria: Así como una familia que reza unida permanece unida, una comunidad que reza unida se fortalece en Cristo y se dispone para vivir su misión evangelizadora. Como miembros de una comunidad, no basta con la oración personal porque la oración comunitaria nos alimenta, nos fortalece y nos impulsa. Estamos llamados no solo a reunirnos para “hacer cosas”, sino para escuchar al Maestro, discernir y responder a su llamada e invitación. Sin oración comunitaria no hay verdadera comunidad de apóstoles.

Así, la Palabra, la Eucaristía y la oración comunitaria son la fuerza de cohesión y envío. En ellas vamos comprendiendo el estilo de Jesús, con el cual estamos llamados a vivir la misión.

II. Comunidades enviadas en misión

Comunidades evangelizadoras

Al ser enviados a anunciar el Reino, los primeros apóstoles anuncian con su testimonio y su palabra, lo que “han visto y escuchado”, es decir, la persona de Jesús y la buena noticia del Evangelio y lo confirman con los signos que realizan en su nombre. De la misma manera, las comunidades de apóstoles en el Regnum Christi, comunican su experiencia con Jesús y se convierten en anunciadores y presencia del Reino en medio del mundo del que son llamados y al que son enviados. Confirman su mensaje con los signos de la vida nueva que han recibido en el bautismo y que configura el modo de relacionarse con Dios y con los demás.

Las comunidades del Regnum Christi buscan vivir como comunidades en misión en las que la fuerza del envío brota de la experiencia del amor de Cristo y genera en el corazón la urgencia interior de entregarse apasionadamente a hacer presente su Reino: “caritas Christi urget nos” (2Cor 5, 14)³. Urgidos por el deseo de Cristo de encender el fuego del amor del Padre en los corazones, vivimos como discípulos misioneros la tarea de anunciar el Reino y hacer llegar la luz del Evangelio al mundo.

No se trata de un compromiso meramente personal, sino comunitario, porque la comunidad posee una especial fuerza evangelizadora. Hay un aspecto fuertemente comunitario cuando hablamos de anunciar el Reino: queremos que se haga presente no solo en corazones individuales, sino en la sociedad. Y buscamos hacerlo no solo con una acción apostólica

³ Cf. *EFRC*, n. 10. “Nos apremia el amor de Cristo”.

personal, sino también comunitaria⁴, haciendo propias las palabras de san Pablo VI: «quienes acogen con sinceridad la Buena Nueva, mediante tal acogida y la participación en la fe, se reúnen en el nombre de Jesús para buscar juntos el reino, construirlo, vivirlo. Ellos constituyen una comunidad que es a la vez evangelizadora»⁵.

No se trata de “cubrir más espacios” o de “ir más rápido” como apóstoles solitarios. Así no es como Jesús llevó adelante su misión. Él reúne a la comunidad de los doce para anunciar la Buena Nueva del Reino con ellos y a través de ellos. Incluso cuando los envía delante de Él para preparar el camino, los envía de dos en dos para que, “*siendo perfectos en la unidad, el mundo crea que Tú los has enviado*” (Cf. Jn 17, 22).⁶

La comunidad en cuanto tal tiene también su función apostólica. Por un lado, es el hogar donde los apóstoles se encuentran con el Maestro en la oración, se forman, se fortalecen en la comunión y renuevan sus fuerzas. Y, al mismo tiempo, ante el mundo, la comunidad de apóstoles es faro, ciudad sobre la montaña que no se puede esconder (cf. Mt 5,14). En este sentido el ambiente típicamente cristiano de unidad y caridad es el principal apostolado de la comunidad en cuanto tal: *Que sean uno en nosotros para que el mundo crea* (Jn 17,21). Esto quiere decir que vivir el espíritu de Cristo en nuestras comunidades tiene que ser una prioridad apostólica, porque es el garante de la fecundidad apostólica y no simplemente un loable propósito de mística interna para crear un ambiente grato.



Estamos llamados a redescubrir este aspecto esencial y apostólico de la comunidad, pues la comunidad, «además de constituir un testimonio esencial para la evangelización, tiene una gran importancia para la actividad apostólica y para su

4 Cf. EFRC, n. 7.

5 *Evangelii nuntiandi*, n. 13.

6 Comunicado del equipo internacional de pastoral juvenil del Regnum Christi, *Comunidades de apóstoles que forman comunidades de apóstoles*, 2023.

finalidad última. (...) La comunión fraterna está, en efecto, en el principio y en el fin del apostolado»⁷.

La comunión y la misión están profundamente unidas entre sí y se implican mutuamente, de modo que la comunión representa la fuente y el fruto de la misión: la comunión es misionera y la misión es para la comunión.⁸

Comunidades que hacen opciones misioneras valientes y radicales

Haciendo vida un estilo de entrega, nos sentimos llamados a ser y formar comunidades que salgan al encuentro de las necesidades más apremiantes del mundo y de la Iglesia; que aprovechen con audacia cristiana las oportunidades que se presentan en la propia vida para anunciar el amor de Cristo y que emprendan con corazón magnánimo, entusiasmo y creatividad aquellas acciones que hagan presente el Reino con mayor profundidad y extensión (cf. *EFRC*, n. 10).

Una comunidad de apóstoles es una comunidad abierta y en salida, que supera las posibles parálisis del encierro, del replegarse en sí misma y del temor de salir al encuentro de aquellas realidades —muchas de ellas nuevas o complejas— que requieren la presencia de Cristo Resucitado.

La primera
Convención
General Ordinaria
de la Federación
RC, en su
comunicado,
presentó algunas
opciones
misioneras que
nos sentimos
llamados a
hacer. También
menciona
algunas
tentaciones en las
que podríamos
caer y nos invita
a estar atentos.



⁷ *La vida fraterna en comunidad*, n. 2d.

⁸ Cf. *Christifidelis laici*, n. 32.

Estamos llamados a hacer una lectura que nos ayude a descubrir en nuestro entorno la presencia de las semillas del Reino, que crecen silenciosa pero poderosamente. Estamos llamados a dar un valor interpretativo al aquí y ahora del tiempo presente, como un verdadero *kairós*; a leer los signos de los tiempos y a transformarlos en signos de esperanza.⁹ Para ello, estamos llamados a desarrollar nuevas propuestas misioneras capaces de entrar en contacto con la realidad del hombre y del mundo de hoy, de establecer un diálogo fecundo y relaciones significativas que permitan anunciar y hacer presente a un Cristo vivo.

Comunidades que comparten una misión

Cuando hablamos de misión común, en el sentido más amplio, nos referimos a la misión del *Regnum Christi* de la que todos los que formamos parte de él, participamos a partir de nuestra propia vocación y estado de vida (cf. *EFRC*, nn. 6-8).

En un sentido más específico, hablamos de misión común cuando hacemos referencia a la misión compartida por una determinada comunidad —equipo, sección, localidad, etc.— en un momento, un lugar y unas circunstancias concretas. Esta misión ha de ser discernida por aquellos que forman parte de dicha comunidad, necesita ser acogida y vivida por todos, cada uno desde su propia identidad personal o institucional.

El discernimiento de la misión es el proceso por el que un grupo de personas busca el querer de Dios para su comunidad. Esto requiere que aprendamos a hacer una lectura creyente de la realidad que nos rodea, con el criterio del Evangelio y del carisma que Dios nos ha dado. Necesitamos poder ver el mundo

⁹ Cf. *Spes non confundit*, n. 7.

con la mirada de Cristo, juzgar y actuar desde su Corazón y tener una comprensión realista y llena de esperanza del entorno, que nos permite hacer un auténtico discernimiento apostólico de la realidad, para así responder más adecuadamente a los desafíos.

«Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio».¹⁰

El discernimiento común se convierte así en un camino espiritual para descubrir juntos la mejor manera de servir a Dios y a los demás. Requiere de cada persona y de la comunidad:

- Oración profunda y continua para disponer los corazones, liberar a la comunidad de prejuicios, miedos o deseos desordenados y poder estar disponibles para cualquier camino que Dios indique.
- Escucha del Espíritu y de los demás. Escuchar con atención lo que dice cada persona, y también lo que acontece en la realidad.
- Lectura de la realidad. El discernimiento no se hace en el vacío: implica leer *los signos de los tiempos* (Mt 16,3). ¿Qué necesita hoy el mundo, la Iglesia, los necesitados en lo material y espiritual? ¿Dónde nos llama Dios?
- Diálogo espiritual y deliberación conjunta. No es una discusión de opiniones, sino un intercambio que parte de la oración y busca identificar los movimientos del Espíritu para descubrir a qué nos llama y a quiénes, y cómo nos envía.

¹⁰ *Evangelii gaudium*, n. 21.

- **Confirmación espiritual.** Se espera que, al tomar una decisión, haya consolación común, paz, claridad o sentido de unidad interior y entusiasmo compartido. Esto puede ser señal de que el camino elegido es según Dios.
- **Acompañamiento y liderazgo espiritual.** Un facilitador o guía ayuda a mantener el foco espiritual del proceso y a proteger el discernimiento de caer en meras estrategias humanas. Son también muy necesarias y benéficas las herramientas organizacionales, siempre y cuando sean medios orientados al fin que se busca y no fines en sí mismas.
- **Tiempo y paciencia.** El discernimiento común no es instantáneo. Requiere paciencia, humildad, disponibilidad para esperar y revisar decisiones.

Una vez realizado este discernimiento, formular la misión común es un paso clave: se trata de expresar con claridad y comunión la llamada que Dios ha hecho resonar en la comunidad para un tiempo, lugar y contexto concretos.

La formulación de la misión es síntesis, expresión y compromiso. Debe recoger lo que el Espíritu ha ido mostrando a través del proceso de discernimiento y dar lugar a una orientación compartida y operativa. Es necesario que la formulación sea:

- **Una síntesis orante y espiritual:** La misión no es una estrategia humana, sino una respuesta a una llamada divina. Debe redactarse en un clima de oración, recogiendo las resonancias comunes, los signos más claros del Espíritu y los llamados concretos de la realidad.
- **Clara, concreta y evangelizadora.** Tiene que ser comprensible, inspiradora y ofrecer pautas claras para la vivencia de la misión.

- Común, no solo aprobada. No basta con que sea redactada por unos pocos y aprobada por otros. Debe haber un sentido de pertenencia profunda: todos han de poder decir: “Esta es nuestra misión”.
- Orientadora pero abierta. No se trata de un plan cerrado, sino de una brújula que oriente las acciones de todos los que han de vivirla. Debe dejar margen al Espíritu para seguir guiando en el camino.

Como se ha dicho, no basta el discernimiento y la formulación. La misión común tiene implicaciones muy concretas para todos y supone:

- Un compromiso compartido por todos. La misión se convierte en criterio común de acción y revisión.
- Construir la unidad en la diversidad ya que no todos actuarán de la misma forma, pero todos reman en la misma dirección. Todos están llamados a encarnarla según su identidad, sus dones, funciones y posibilidades.
- Conversión continua. La misión interpela a revisar estilos de vida, prioridades, estructuras. Nos lleva a una conversión apostólica: dejar lo que ya no sirve y abrirse a lo nuevo que el Espíritu suscita.¹¹
- Evaluación y revisión periódica. No basta con formular la misión una vez. Se necesita evaluar regularmente si la estamos viviendo, y si nuevas llamadas nos piden actualizarla.

La misión no se limita al anuncio explícito del Evangelio, sino que también se expresa en el testimonio público y transformador que nuestras comunidades ofrecen en la vida social: la educación, la familia, la cultura, la economía, la política, los

¹¹ *Evangelii gaudium*, n. 27.

medios de comunicación, el arte y la vida pública. Ser comunidades de apóstoles significa ser sal y luz en el corazón del mundo, viviendo la fe con audacia y creatividad, anunciando con alegría el mensaje del Reino en diálogo con las realidades y necesidades de nuestro tiempo.

Comunidades de apóstoles que forman nuevas comunidades de apóstoles.

Las comunidades de apóstoles están llamadas no solo a vivir su fe de forma activa, sino a ser fermento que genera nueva vida apostólica. Estas comunidades, profundamente unidas a Cristo y entre sí, se convierten en centros vivos de evangelización, que no se conforman con conservar lo recibido, sino que, impulsadas por el amor de Cristo y los demás, engendran nuevas comunidades de apóstoles. Así, la misión se multiplica en un dinamismo de caridad apostólica, donde cada apóstol se convierte en formador de otros apóstoles, respondiendo al mandato del Señor de hacer discípulos a todas las naciones y extendiendo el Reino de Cristo en los corazones y en la sociedad.

Las primeras comunidades cristianas vivieron de forma natural la formación de formadores como parte esencial de su misión evangelizadora, y lo hicieron a través de una red de colaboradores profundamente unidos en la fe y en la misión. Como hemos visto, Pablo, por ejemplo, contaba con una red de colaboradores a quienes formaba y enviaba, para que ellos a su vez, formaran nuevas comunidades. Esta lógica de comunión misionera aseguraba la expansión del cristianismo y la solidez de sus comunidades. Del mismo modo, hoy la Iglesia —y en particular el *Regnum Christi*— está llamada a vivir este modelo apostólico: formar formadores dentro de redes de co-

laboradores que, con corresponsabilidad, sigan multiplicando apóstoles al estilo de las primeras comunidades.

Si quieres profundizar más en este tema, puedes ir a: *Evangelii gaudium*, 102, 160, 173



Esta tarea requiere una preparación integral —humana, espiritual, intelectual y apostólica— que capacite a los formadores para acompañar, discernir y multiplicar apóstoles con autenticidad y madurez. El magisterio reciente insiste en que una Iglesia sin formación no puede sostener su misión en el tiempo, y que formar formadores es asegurar la continuidad, la profundidad y la fecundidad del anuncio del Evangelio. Así, invertir en la formación de formadores no es un lujo, sino una prioridad al servicio del Reino de Cristo.

Si quieres profundizar más puedes ir al ensayo: *Aquí estoy porque me has llamado: cultura, pastoral y promoción vocacional en el RC*



Las comunidades de apóstoles no solo están llamadas a multiplicarse en nuevas comunidades, sino también a convertirse en lugares fecundos donde germinan vocaciones específicas. En la vivencia compartida del carisma, muchos descubren, acogen y responden al llamado de Dios a una entrega más plena, ya sea en el sacerdocio, en la vida consagrada o en un matrimonio profundamente comprometido con la misión de Cristo. De este modo, las comunidades del Regnum Christi se convierten también en espacios donde se genera y se cultiva una verdadera cultura vocacional, que acoge, acompaña y promueve las llamadas personales del Señor en el marco de una misión compartida. La fecundidad apostólica se manifiesta, por tanto, también en la capacidad de suscitar y sostener nuevas vocaciones al servicio del Reino.

III. Las relaciones en las comunidades

Familia espiritual y cuerpo apostólico

Identidad y sentido de pertenencia

El sentido de comunidad y de equipo, don del Espíritu que hunde sus raíces en la comunión trinitaria¹², forma parte fundamental de nuestra identidad en el Regnum Christi. El Estatuto señala que «El testimonio, anuncio y crecimiento del Reino de Cristo constituye el ideal que nos inspira y dirige» (EFRC, n. 12). Este ideal nos hace sentirnos parte de un cuerpo en el que cada miembro tiene su lugar, su aporte concreto, como en una familia o en un organismo vivo. Aunque cada uno vive su vocación de forma única, todos contribuimos a una misma misión.

Y hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de actuaciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. Pero a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para el bien común (1Cor 12,4-7).



Es en su comunidad donde cada persona encuentra el reconocimiento de su valor único y la búsqueda de su bien. Y al mismo tiempo, como vasos comunicantes, cada persona busca el bien de la comunidad.

Todo esto se visualiza y hace realidad en una comprensión del Regnum Christi como familia espiritual y cuerpo apostólico.

Familia espiritual y cuerpo apostólico

El Regnum Christi se define como “familia espiritual y cuerpo apostólico” (EFRC, n. 3). ¿Qué quiere decir esto? ¿cuáles son las implicaciones de

¹² *La vida fraterna en comunidad*, n. 8.

esta definición tanto para el Regnum Christi como institución en la Iglesia, como para las localidades, las secciones y los equipos que la componen?

El Regnum Christi es familia espiritual

Una familia está compuesta por diversas personas, con su identidad propia, y al mismo tiempo tiene unos elementos que generan vínculos de enorme profundidad, que incluyen y al mismo tiempo trascienden los vínculos de la carne. Del mismo modo, en la Iglesia se usa la imagen de la familia espiritual para describir aquellas comunidades cuyos miembros están vinculados entre sí por motivos sacramentales y espirituales: el bautismo, el compartir una espiritualidad, una misión, circunstancias de evangelización, etc.

Esta imagen tiene un profundo enraizamiento en la Sagrada Escritura. Nos pueden iluminar dos textos en este sentido. Por una parte, los Hechos de los Apóstoles nos refieren cómo la comunidad cristiana de Jerusalén vivía este ideal con radicalidad: *El grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma: nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía, pues lo poseían todo en común (Hch 4, 32)*. Por otra, encontramos en la imagen bíblica del cuerpo místico una luz particular para entender mejor esta realidad. San Pablo, hablando a la comunidad cristiana de Corinto, marcada por una gran diversidad de personas, talentos, preocupaciones y dones carismáticos le recuerda que *lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo. Pues todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu. Pues el cuerpo no lo forma un solo miembro, sino muchos (1Cor 12, 12-14)*.

Del mismo modo, a ejemplo de la Iglesia primitiva, en la que había diversos estados de vida y diversos dones y carismas al servicio de la comunidad y de la misión, en el Regnum Christi se vive de modo palpable esta realidad de ser familia espiritual: forman parte viva de él diversas vocaciones y estados de vida, cada una con su identidad propia y aporte específico (cf. *EFRC*, n. 5), que al mismo tiempo comparten un carisma, una espiritualidad y una misión. Esta identidad es un don para el conjunto, y estamos llamados a reconocer, valorar, acoger e integrar lo que aporta cada vocación y cada individuo.

Cada familia se caracteriza por una forma particular de interacción entre sus miembros. Partiendo del deseo de ser un mismo corazón y una misma alma, dentro de cada familia hay momentos de unión y presencia conjunta, pero también hay ámbitos de intereses y preocupaciones personales. Así sucede también en el Regnum Christi. La particular individualidad de cada miembro y cada institución que la conforma crece y se desarrolla en esa dinámica de “compartir dones” y “respetar individualidades”.

El Regnum Christi es cuerpo apostólico

Los miembros del Regnum Christi experimentan asimismo un profundo sentido de comunión en la misión: aspiran a lo mismo —que Cristo reine en el corazón de las personas y de la sociedad “aquí y ahora”— si bien de modos y por medio de acciones diversas.

Ser cuerpo apostólico significa, por tanto, que estamos ordenados a la misión, y que aspiramos hacerlo de modo coordinado, como un cuerpo en el que hay orden, dirección y apoyo mutuo.

Caridad, comunión, corresponsabilidad, complementariedad

EFRC, n. 27: «Congregados por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en la grande y única familia de la Iglesia, y unidos por una común vocación al Regnum Christi, fomentamos el espíritu de cuerpo y la unión de corazones, ideales, propósitos y esfuerzos. Promovemos la comunión y colaboración entre todos, conscientes de que la comunión es misionera y la misión es para la comunión».

«Las diferencias entre las personas y comunidades a veces son incómodas, pero el Espíritu Santo, que suscita esa diversidad, puede sacar de todo algo bueno y convertirlo en un dinamismo evangelizador que actúa por atracción. La diversidad tiene que ser siempre reconciliada con la ayuda del Espíritu Santo; solo Él puede suscitar la diversidad, la pluralidad, la multiplicidad y, al mismo tiempo, realizar la unidad.¹³»

En el Regnum Christi la caridad es la virtud reina (cf. *EFRC*, n. 23) por ser lo que Cristo pidió y enseñó a sus apóstoles: amaos unos a otros como yo os he amado (*Jn* 13, 34). Debe ser una dimensión que toca la vida interna de cada comunidad y la relación entre las diversas comunidades. Esto queda recogido de manera clara cuando se nos propone el ideal cristiano de vivir «en profunda comunión» y ser «testigos del amor de Jesucristo por la unión y caridad entre nosotros» (*EFRC*, n. 6).

Se trata de un ideal exigente: la caridad es una virtud que implica el ejercicio constante. Y puede ser distorsionada cuando se la confunde con un simple entenderse, llevarse bien o con la ausencia de conflictos o de grandes diferencias de opinión. Los evangelios son elocuentes al presentarnos de modo honesto las diferencias, roces y malentendidos que surgían entre los apóstoles (cf. *Mc* 9, 33-37).

¹³ *Evangelii gaudium*, n. 131.

Para vivir esta dimensión, el Regnum Christi recomienda a sus miembros un camino permanente de formación y conversión para la **comunidad**: por medio de la oración, de la escucha, del cultivar entre sí relaciones fraternas maduras, apreciando los dones de los demás y rechazando toda sombra de rivalidad o desconfianza. Y al mismo tiempo invita a valorar la autoridad como servicio a la comunidad y al desarrollo de la misión; y la internacionalidad como signo de la universalidad del Reino y fuerza para la evangelización en un mundo globalizado (cf. *EFRC*, n. 29).

El Regnum Christi propone también dos consecuencias muy concretas de la comunidad, que buscan iluminar las relaciones entre las comunidades que lo conforman, y entre las personas: la corresponsabilidad y la complementariedad (cf. *EFRC*, n. 28). La **corresponsabilidad** quiere decir que se reconoce la dignidad propia de cada uno, así como su corresponsabilidad en la custodia del patrimonio carismático y en el cumplimiento de la misión común. La **complementariedad**, por su parte, nos recuerda que entre las diversas vocaciones que conforman el Regnum Christi y su modo particular de vivir el espíritu y la misión comunes se da una relación en la que cada uno aporta al cuerpo lo propio y valora y promueve la aportación específica de los demás.

La vivencia de estas virtudes genera un espíritu de alegría y esperanza que se convierte también en signo. La experiencia compartida del carisma y la misión, la certeza de saberse familia suscita en las personas la alegría evangélica y el entusiasmo por la misión. Se aprende a ver el mundo con los ojos de Cristo. Y este gozo profundo (cf. *Lc* 10, 21-24) se convierte también en signo del Reino, factor de irradiación, y hace visible la belleza y el atractivo del mensaje cristiano y del mismo carisma dado por Dios (cf. *Evangelii gaudium*, n. 21).

Las comunidades que surgen en el Regnum Christi

Así como Jesús estableció diversos tipos de vínculos de personas con Él y entre sí, así también, de modo análogo, en el Regnum Christi se dan vínculos y relaciones de tipo humano, espiritual y apostólico que generan diversos tipos de comunidades, cada una con una identidad particular, pero todas ellas acomodadas por un carisma compartido entre varios, y una misión compartida.

Por una parte, están aquellas comunidades fundamentales que sirven además como eje de su dimensión organizativa, como son las localidades, las secciones y los equipos. También hay comunidades que brotan de obras o actividades apostólicas, como son los centros educativos. Puede haber también comunidades que brotan de intereses afines, o de actividades institucionales puntuales, como son las redes y los equipos de trabajo. Toda esta diversidad, sin embargo, está sostenida por un espíritu compartido, como se ha señalado más arriba.

La localidad

En primer lugar, en el Regnum Christi surge una comunidad amplia, iluminada toda ella por el espíritu evangelizador que animó a los primeros cristianos: la *localidad*. Esta es al mismo tiempo una «comunidad de apóstoles y una unidad operativa de la Federación al servicio de la evangelización, que abarca una zona geográfica» (EFRC, n. 54, 1).

¿Quiénes forman parte esta comunidad de apóstoles? ¿Quiénes están implicados en la vida y misión del Regnum Christi en esa zona geográfica? Todas aquellas personas, instituciones y actividades apostólicas que participan de la misión común del Regnum Christi: las comunidades de legionarios, consagradas y laicos consagrados; los fieles asociados que forman parte

del Regnum Christi, y las personas de buena voluntad que de diversas maneras están involucrados en su vida y misión. También están implicadas en la dinámica evangelizadora de la *localidad* aquellas instituciones que participan del carisma, como son los centros educativos del Regnum Christi y las parroquias encomendadas a los Legionarios de Cristo.

Todas estas características permiten afirmar que la *localidad* es la comunidad que expresa de modo más completo y primario la realidad del Regnum Christi como “familia espiritual y cuerpo apostólico”, es una “comunidad de comunidades”, un tejido vivo de vínculos, esfuerzos, personas, iniciativas e instituciones que se relacionan entre sí por un espíritu compartido, y una misión que los acomuna.

Los fines de la localidad se pueden sintetizar en tres palabras: comunión, misión y coordinación, pues ella aspira a *promover la comunión, a impulsar la misión común, y a coordinar esfuerzos y recursos*. El medio concreto para cumplir estos tres fines es el plan de la localidad. En ese plan, la riqueza de dones, carismas y talentos de cada persona, cada vocación y cada obra de apostolado confluyen en una mirada compartida, una comprensión común de la misión.

En efecto, en cada localidad, el Regnum Christi cuenta con diversas realidades: secciones, obras educativas, comunidades consagradas, apostolados, todas unidas por una misión común: evangelizar la sociedad en la que están insertas según el carisma dado por Dios. Por ello, cada componente está llamado a contribuir desde su propia identidad a esa misión. El plan de evangelización en la localidad permite orientar y coordinar todos los esfuerzos —en su variedad y multiplicidad— para lograr un impacto significativo y potenciar el dinamismo apostólico.

La sección

El n. 32 del *Reglamento de los laicos asociados (RLA)* señala que la sección es “un conjunto de equipos”. Por ello, puede describirse y considerarse como una comunidad de pequeñas comunidades de apóstoles que son los equipos. En ella, los miembros que la conforman se encuentran en un espacio natural para conocer, experimentar y vivir el carisma y la misión en la vida cotidiana.

Su importancia es fundamental: es el lugar, el espacio que aspira a ser un verdadero ámbito de vida comunitaria, donde se cultiva un estilo de vida conforme al espíritu del Regnum Christi: el espacio vital donde el miembro crece (por la vida de oración, la formación y el acompañamiento); donde el apóstol —sea individualmente, sea junto con otros— está en salida, se siente impulsado a la misión. Es también donde se generan nuevas comunidades, por el efecto de atracción e irradiación que tiene toda comunidad abierta y acogedora.

Por otra parte, desde una perspectiva organizativa, la sección es la estructura que el Regnum Christi ofrece a los equipos de una determinada zona, para ofrecerles acompañamiento, proyección apostólica, instancias formativas. Por ello, también es importante su dimensión más práctica de estructuras organizativas, espacios, y proyectos.

El equipo

El equipo es la comunidad *fundamental* que surge en el Regnum Christi. Se podría considerar, por analogía con la familia, una realidad primaria y necesaria para el desarrollo espiritual y apostólico de cada miembro. Tiene una dimensión particular, profundamente enraizada en el Nuevo Testamento, que recoge el mencionado documento en el n. 14: se le considera el ám-

bito natural donde crece y se desarrolla su vida en el Regnum Christi.

En su esencia más profunda, se trata de una comunidad de apóstoles, un conjunto de miembros unidos en fraternidad cristiana para ayudarse mutuamente en su camino de santificación, en su formación y en su trabajo apostólico, a ejemplo de las primeras comunidades cristianas.

Finalmente, estas características del equipo del Regnum Christi se encuentran también en las comunidades consagradas que forman parte de la localidad. Su presencia constituye un valor para cada miembro y cada equipo, pues reflejan el espíritu de las primeras comunidades cristianas.

Las redes

El n. 49 de los *Estatutos* señala que, para imbuir de espíritu cristiano los diversos ambientes sociales y culturales y promover iniciativas específicas para ello, los miembros del Regnum Christi pueden constituir redes nacionales o internacionales de personas por profesiones o campos de interés, o sumarse a otras ya existentes. Y nos ofrece una definición: «Una red es un conjunto de personas o instituciones con intereses comunes que se unen entre sí para apoyarse en la planeación y realización de proyectos evangelizadores en algún ámbito de la vida social».

A la luz de esta definición, las redes pueden considerarse en sentido amplio un cierto tipo de comunidad, pues recogen dos dimensiones que le son propias: un vínculo asociativo y una proyección misional. En algunos casos, será el vínculo asociativo lo que determine de mayor manera su dimensión de comunidad (como se da, por ejemplo, en la red de sacerdotes

diocesanos del Regnum Christi, o la red de colaboradores); en otros casos, será más la misión compartida, el proyecto apostólico el que determine esa vinculación.

Los centros educativos

Un lugar particular, dentro de la historia de las comunidades que han surgido en el Regnum Christi, son los centros educativos. Estas instituciones, que son en esencia una comunidad educativa, si bien tienen una identidad y misión específica, como institución católica del Regnum Christi al servicio de la sociedad, en muchas ocasiones han sido la plataforma y fuente de donde han nacido los equipos, las secciones, los apostolados, incluso convirtiéndose en la obra principal en torno a la que gira la vida de una localidad, motor de su dinamismo apostólico y formativo.

Por eso, en el Estatuto se da realce especial a su vinculación con las comunidades del Regnum Christi, respetando al mismo tiempo su identidad propia, señalando que debe existir una relación colaborativa particular entre obras, secciones y programas de apostolado; y entre el director local y los directores de las obras (cf. *Nota explicativa previa a los números 42 a 45 de los Estatutos de la Federación Regnum Christi y RGFR*, n. 42, 4.º).

Conclusión

Las comunidades de apóstoles forman parte del corazón mismo de la vida de la Iglesia desde sus orígenes. En el Regnum Christi, este ideal se actualiza y se concreta de manera propia, configurando comunidades centradas en Cristo, unidas en la caridad y enviadas en misión para hacer presente su Reino en el mundo de hoy, en estrecha comunión con la Iglesia local. Así, nuestras comunidades se integran en la vida pastoral de la diócesis y se ponen a disposición de los obispos para colaborar en la evangelización del Pueblo de Dios. Esta comunión no solo garantiza la fecundidad apostólica, sino que es también expresión concreta del amor a la Iglesia que caracteriza nuestro carisma. Ser apóstoles del Reino implica ser testigos de unidad y colaboración eclesial.

A lo largo de este ensayo hemos podido contemplar, en primer lugar, cómo Jesús formó a su comunidad de apóstoles: los llamó para estar con Él, los configuró con su estilo de vida y los envió a predicar el Reino, formando un grupo que es signo de fraternidad y servicio para el mundo. Después, hemos visto cómo este estilo impregna la vida y misión del Regnum Christi, donde nuestras comunidades nacen de la iniciativa de Cristo, se alimentan de la Palabra, la Eucaristía y la oración, disciernen juntas su misión y buscan vivirla con audacia, caridad y corresponsabilidad.

En el centro de esta reflexión está el hecho de que Jesús no solo llamó a individuos aislados, sino que instituyó a los Doce como una comunidad con un encargo común: ser enviados. Fueron protagonistas activos de la misión, sostenidos por la

fuerza del Espíritu y por la promesa de su presencia constante. De igual modo, nuestras comunidades en el Regnum Christi son comunidades de apóstoles que asumen juntas una misión compartida, discernida y acogida como respuesta concreta al llamado de Cristo.

Así como los primeros apóstoles se sabían enviados hasta los confines de la tierra, también nosotros estamos llamados a vivir con conciencia y valentía la misión que nos corresponde hoy: salir al encuentro de quienes necesitan el Evangelio, formar nuevas comunidades y extender el Reino allí donde el Señor nos ha puesto.

Volver a las fuentes bíblicas, redescubrir el dinamismo misionero de las primeras comunidades cristianas y profundizar en el carisma que nos ha sido confiado es una llamada a renovar nuestra identidad y misión. Que este camino nos impulse a seguir creciendo como auténticas comunidades de apóstoles, al servicio de Cristo y de su Reino.

